

UNA CURIOSIDAD HISTÓRICA: LAS PRIMERAS RESEÑAS DE LAS OBRAS SUELTAS DE JOSÉ MARÍA LUIS MORA (1839)

Michael COSTELOE
University of Bristol

ENTRE LOS PENSADORES POLÍTICOS más importantes de México en el siglo XIX se encuentra el doctor José María Luis Mora, reconocido ahora como uno de los padres del liberalismo. Su lúcida exposición de la ideología liberal pronto llegó a ser fuente de inspiración para muchos de sus contemporáneos y sustento intelectual para buena parte de la Reforma. Pero la obra de Mora no siempre tuvo esa acogida. Sus *Obras sueltas* —publicadas en París en 1837— se recibieron en México, en la primavera de 1839, con crítica agria y hostil. Quienes fueron blanco de sus ataques personales se apresuraron a refutarlo; se le condenó como clérigo renegado, alimentado por la amargura, la envidia y el odio irracional a la Iglesia católica, a la cual pertenecía, nominalmente por lo menos.¹ Se ridiculizaron sus ideas políticas, y su explicación y defensa del llamado partido progresista o liberal se desechó como des-

¹ Por ejemplo, *Cartas dirigidas por B. Arrillaga al Doctor D. J. M. L. Mora, citándolo ante el tribunal de la sana crítica, de la religión católica, y de la verdadera política, a responder por los fundamentos y resultados de sus opiniones sobre bienes eclesiásticos, producidas en el tomo primero de sus obras sueltas*, México, 1839; y Epígnimo José VILLANUEVA, "Respuesta del Dr. D. . . . canónigo de la catedral de México, a las imputaciones que le hace el Dr. D. José María Luis Mora", en *Diario del Gobierno*, 21 de junio de 1839; existe aparte como folleto.

preciable ficción. Se le calificó de “charlatán despreciado en su país y que lo será de todo el mundo”.²

Las polémicas que despertaron sus *Obras sueltas* comenzaron con las primeras reseñas aparecidas en la prensa mexicana, poco después de que se consiguieron en la capital los primeros ejemplares. Presento aquí esas reseñas, en parte porque son curiosidad histórica, en parte porque ilustran diversos aspectos de la política mexicana durante el decenio de 1830. Muestran, por ejemplo, la severidad del conflicto político y en especial la división entre liberales y conservadores que predominó en México en los decenios posteriores a la independencia. Además, los historiadores han prestado mucha atención a los liberales, y en este caso encontramos la reacción de los contemporáneos de Mora quienes creían sinceramente que el liberalismo por él preconizado destruiría la herencia, religión y sociedad del país. El lenguaje del debate político era particularmente extremoso en esa década; no acongojaba a los políticos de todos los partidos acumular injurias contra sus oponentes, y Mora no era excepción en darlas o recibirlas. Éste y otros aspectos de la “era de Santa Anna” están bien documentados en las primeras reseñas de *Obras sueltas*.

Las circunstancias por las que la obra de Mora se publicó en Francia explican su recepción hostil en México. Mora era sacerdote, había participado activamente en la formación de la república en el decenio de 1820 y había sido miembro de varios cuerpos legislativos, incluso del que redactó la primera constitución. Contribuyó con frecuencia en la prensa polémica, se le conoció pronto por sus ideas liberales, se comprometió con el partidismo y la masonería que dominó la política mexicana, y cuando en abril de 1833 ascendió al poder el gobierno encabezado por el vicepresidente Valentín Gómez Farías, Mora destacó como uno de sus miembros más influyentes. Durante el año en que detentaron el poder (1833-1834), los reformadores procuraron transformar la sociedad mexicana. Impusieron —o intentaron imponer— cambios esenciales en lo político, social, económico y cultural; su ambición, o esperanza, era clara. La sociedad, herencia de tres

² *El Mexicano*, 1 de junio de 1839.

siglos de dominio español, con sus instituciones privilegiadas, sus clases y sus fragmentados valores sociales, debería desaparecer para que la remplazara un nuevo orden basado en la igualdad de derechos civiles, libertad de expresión y credo, y un gobierno democrático en el cual se garantizara más la libertad individual que la corporativa. Se decretaron o promovieron grandes reformas en la educación, en el ejército y sobre todo en la iglesia católica, cuya profunda influencia debía desaparecer, requisito indispensable para que surgiera la sociedad activa y laica que avizoraban. La reforma legal de las instituciones era sólo parte del cambio; los liberales estaban absolutamente conscientes de que las leyes no cambiaban opiniones, y que su nueva sociedad no se consolidaría a menos que se suprimiera la influencia y separara del poder a quienes defendían el *statu quo* y se beneficiaban con él.

Junto con ese programa para cambiar las instituciones, los liberales procuraron evitar la reacción mediante una purga administrativa total de sus oponentes. Cientos, si no miles, en toda la nación perdieron sus trabajos y quizá lo que fue peor, su puesto en la sociedad.

La reforma de la iglesia y el ejército, incluso la destitución de burócratas, pudo haberse tolerado; pero la lucha de clases, la redistribución de la riqueza, alentar al populacho y entregar el poder a lo que Zavala llamó “baja democracia” era demasiado para la élite de terratenientes que controlaba la nación desde la independencia. Los extremistas, los *sans-culottes* de Gómez Farías y sus huestes amenazaban sus valores fundamentales, su creencia en la sacrosanta propiedad privada y en la fe católica, en la familia y en la educación tradicional.

Cualquiera que fuera su credo político, la “gente de orden” —liberales o conservadores— temía el extremismo y la disolución social, algo inevitable, decía la prensa, si los extremistas prevalecían. Así pues, como otras veces desde la independencia, los “hombres de bien” del sector medio de la sociedad —al que Mora pertenecía— se aliaron contra esa amenaza y, con Santa Anna a la cabeza, sacaron del poder al gobierno liberal.

Mora no tenía cargo importante en el gobierno de Gómez

Farías —no pertenecía a su gabinete o al congreso—, pero su influencia tras bambalinas era grande. Amigo íntimo de Gómez Farías y otros líderes y, haciendo uso de su talento como escritor, explicó el programa liberal en el periódico *El Indicador de la Federación Mexicana* (1833-1834). Así pues, los afectados por los cambios —en especial la alta clerecía— lo catalogaron como *eminence grise* de los extremistas, y responsable directo de lo que, en su opinión, eran daños irreparables para ellos y la nación. No es de sorprender que, a causa del ambiente saturado de odios personales que habían provocado esos acontecimientos, Mora y varios colegas creyeran que México no les ofrecía seguridad después de la caída del gobierno de Gómez Farías; Mora escogió el exilio y, con el tiempo, se estableció en París.

La derrota de los liberales no dio lugar a la estabilidad como habían supuesto los “hombres de bien”. Desapareció el sistema federal remplazado por una constitución centralista, Texas se rebeló y consiguió la independencia *de facto*. Los liberales expulsados del gobierno y simpatizantes del federalismo se dedicaron a conspirar contra los nuevos regímenes centralistas. Los pronunciamientos se volvieron cosa común y también sin sentido porque tenían escasas posibilidades de éxito, pero fueron útiles para conservar el ambiente de inestabilidad y la fama de ingobernable que México comenzó a adquirir en el exterior y entre los mismos mexicanos. Sustituyó a la rivalidad masónica del decenio anterior un confuso partidismo, en el que innumerables grupos procuraban el poder político para defender sus intereses y su riqueza. La anarquía política afectó, como era inevitable, la economía del país y las inversiones de inmigrantes europeos y estadounidenses. A causa de la insolvencia del gobierno, afloraron problemas de la deuda externa, sobre la que Francia presionó para conseguir un acuerdo en los primeros meses de 1838. Francia ofendió la dignidad nacional con sus amenazas y el sitio a los puertos mexicanos en abril de 1838, lo que acentuó el frenesí del ambiente político. A pesar de las instancias en pro de la unidad nacional, hubo levantamientos pro federalistas en Michoacán, Puebla, Tampico, Sonora y otros lugares. El comienzo de las hostilidades con los franceses y la caída del

fuerte de San Juan de Ulúa, en noviembre de 1838, alimentaron el pánico y el repudio a los franceses, que llegó en ocasiones hasta la histeria. En marzo de 1839 se logró un acuerdo con Francia, pero en el ínterin Santa Anna consiguió recobrar su reputación y su crédito —que había perdido en San Jacinto, en 1836— con una pequeña victoria sobre los soldados franceses en Veracruz.

Pocas semanas después de firmado el acuerdo, llegaron a México los primeros ejemplares del libro de Mora. Aumentaba la tensión en la capital mientras el gobierno —sobre el que llovían ataques a causa de su comportamiento durante el sitio de los franceses— luchaba por conservar el poder. Incluso antes de que se la adoptara (diciembre, 1836) era evidente que la constitución centralista no resolvería los problemas del país, y pasados tres caóticos años, la desilusión se abatió sobre los “hombres de bien” que la habían apoyado. En 1839 se especulaba con todo tipo de posibilidades, incluso monarquía, dictadura elegida, triunvirato, autocracia militar, pero la que tenía más adeptos, por la que abogaba la prensa y reclamaban los rebeldes en todo el territorio, era el regreso de la república federal. Empero, el federalismo se relacionaba invariablemente con liberalismo y éste con el gobierno de Gómez Farías; desde su caída, la prensa conservadora, apoyada por líderes del gobierno, ejército e iglesia, había hecho una gigantesca campaña para poner en ridículo y desprestigiar al partido progresista y su ideología.

Esa propaganda contra el partido y su particular tipo de liberalismo estaba viva aún cuando llegaron las *Obras sueltas*. Mora había publicado en 1836 un estudio en tres tomos, *México y sus revoluciones*, que no provocó mayor reacción, pero, por el momento en que llegó, este nuevo libro fue recibido con deleite por los radicales y con horror por sus contrarios. Bernardo Couto, distinguido político y amigo de Mora, le escribió el 29 de mayo de 1839: “la nueva obra de usted ha sido leída con avidez. Qué impresión haya causado en cierta clase de personas, Vd. la calculará. La prudencia dicta ahora conservarse en seguro por largo tiempo”.³ Pronto se manifestó

³ Genaro GARCÍA (ed.), *Documentos inéditos o muy raros para la historia de*

la impresión de “cierta clase de personas”, extremadamente hostil. Ninguna parte del libro se criticó más que la primera, titulada “Revista política de las diversas administraciones que ha tenido la república hasta 1837”, en la que Mora presenta con detalle el manifiesto del partido progresista, y señala las reformas que se harían en las instituciones, la Iglesia y el ejército en especial, a las que se les reduciría buena parte de su poder y prestigio. En pocas palabras, es el programa de las acciones y su justificación intelectual ofrecido a la atención futura de sus colegas liberales. Casi todo el programa de cambios políticos, sociales y culturales es un ataque directo a individuos e instituciones que controlaban el poder a finales del decenio de 1830, quienes, como es natural, no estaban de acuerdo con esas ideas y procuraron desprestigiarlas en sus reseñas críticas. Perdura hasta hoy la disputa que acerca de la obra de Mora comenzó hace 150 años —verano de 1839—; los escritores mexicanos ven aun en él a un “diablo de hombre”⁴ o a “uno de los más lúcidos cerebros de su tiempo”.⁵

LAS RESEÑAS

Estas reseñas de *Obras sueltas* aparecieron en la prensa mexicana en junio y julio de 1839; un análisis más extenso se encuentra también en el *Diario del Gobierno* de los días 24 y 29 de julio. En la siguiente reproducción se ha modernizado la ortografía de los textos.

A) *El Mexicano*, 1 de junio de 1839, reimpresso en *Diario del Gobierno*, 3 de junio de 1839.

México. *Papeles inéditos del Dr. Mora* (Porrúa, vol. 60, México, 1975), p. 534.

⁴ Mario MENA, *Un clérigo anticlerical. El Doctor Mora* (México, 1958), p. 27.

⁵ J. Natalicio GONZÁLEZ, prólogo a J.M.L. MORA, *Revista política de las diversas administraciones que la República Mexicana ha tenido hasta 1837* (Editorial Guaranía, México, s.f.), p. XIII

Don José María Luis Mora, Dr. en sagrada teología, abogado por dispensa, sacerdote para escándalo, ha publicado en París con el título de *Obras sueltas*, algunos de sus delirios políticos, y una serie de venenosas calumnias contra aquellas personas que contribuyeron más o menos directamente a derrocar la administración inmoral y bárbara de D. Valentín Gómez Farías. Una rápida lectura de esta apasionada producción, nos ha sido bastante para calificarla: es un escrito de época, en que se pretende dar un barniz a la más desatinada de nuestra historia; un escrito inventado para crear celebridad en países remotos al extravagante autor, con sacrificio de la verdad, del honor de nuestra patria, y de la reputación de muchos mexicanos.

Mora, para quien la bilis es una fuerza motriz e impulsiva, la descarga sobre todas las personas que destruyeron el sistema llamado *de progreso*, porque burlaron sus deseos de *progresar* con los bienes del clero, con los del duque de Monteleone, de que se declaró heredero, convirtiendo en su palacio el hospital de Jesús Nazareno, para enfermar las almas con la enseñanza de la moral del Barón de Holbach, donde mismo quiso Hernán Cortés que se curasen las dolencias del cuerpo.

Era ya sabida la influencia que D. José Mora se ganó sobre el ánimo del Sr. Farías, y que era el principal agente de las proscripciones, particularmente del clero; pero él mismo confirma esta verdad, y pretende justificar medidas anárquicas y desorganizadas que tanto mal causaron y aún causan a esta infeliz nación. El ilustre general Santa-Anna es tratado, por este cínico desvergonzado, con todo el furor de una pasión miserable. No perdona las cosas ni las personas: establece como principios de administración, doctrinas que hubiera condenado el mismo Marat, y también el furibundo Saint-Just. Los Sres. Alamán, Bonilla, Lombardo, Rodríguez Puebla, y muchos otros ciudadanos, son objeto de su rabiosa crítica, y en especial el Sr. Tornel, porque no ha podido olvidar *rivalidades de colegio*, humillaciones de escuela, y las miserables intrigas que jugó veinte y siete años para conseguir que lo igualasen cuando más con el que ahora declara que es absolutamente incapaz. Gotean todavía sangre las heridas que recibió en las aulas su amor propio; y es preciso que el mundo sepa que aborreció constantemente al que no pudo arrancar la palma de Minerva en los primeros días de su juventud.

Recomendamos a los que saben escribir y conocen bien nuestros sucesos, que no dejen pasar sin impugnación una obra de

tanto descrédito para México; que den al retrato del Dr. D. José Mora los coloridos que merece para que los extranjeros no sean sorprendidos por un charlatán despreciado en su país, y que lo será de todo el mundo. Nuestra historia es muy desgraciada: Zavala y Mora se han apoderado de sus anales, y novelas ridículas son las que se transmiten a la desgraciada posteridad. Aún es tiempo de recomendar una observación de salud. Zavala traicionó a su patria y Mora a su creencia religiosa: luego es indigno de crédito lo que escriben, como es indigno de estimación cuanto hacen. ¡Pobre México en tales manos!

Las obras del Dr. Mora se expenden, donde mismo se hallarán las Vindicias de la Biblia, menos los tomos que se quemaron: las llamas acabaron con lo bueno y respetaron lo malo.

¿*Risum Teneatis?* . . .

B) *Diario del Gobierno*, 11 de julio de 1839.

Hemos leído con la mayor atención, y según nos lo han permitido nuestras ocupaciones, las *Obras sueltas de José María Luis Mora*, impresas en París, en la librería de Rosa. El autor es demasiado conocido en la república, y especialmente en esta capital, y sus *obras*, o al menos la *revista política* con que comienzan, y abraza la tercera parte del primer tomo, no contiene más que una publicación de los planes y proyectos de regeneración de nuestra república, acordados y comenzados a poner en ejecución por el partido que llama *del progreso*, en que el autor se atribuye una parte muy principal, sin advertir que habiendo sido sus planes de *progreso*, precipitado, y contrario a los sentimientos pacíficos, religiosos, y si se quiere *fanáticos* de la nación, los que le han causado los males gravísimos que hoy resiente, viene en sustancia a confesarse uno de los promovedores más principales de esos mismos males, de esas desgracias dignas de llorarse con lágrimas, y del verdadero retroceso que ha padecido la república.

Es, sin embargo, muy de agradecerse al Dr. Mora la franqueza y candorosa ingenuidad con que refiere todos los planes y miras del partido del *progreso*, pues aunque su fin ha sido ciertamente el recomendarlos, y prestar auxilio por medio de la imprenta a la causa de los titulados federalistas de 1833, en la realidad les ha hecho mucho perjuicio, y ha abierto los ojos a cuantos han leído sus obras, para que no les quede duda de *lo que se quiere, para qué se quiere, y cómo se quiere*, por los señores del progreso; y por consiguiente, no les será fácil engañar, ni apa-

rentar respeto y consideración al clero, al ejército, a los propietarios y a los ciudadanos todos, que por su educación, ilustración, amor al orden, a la paz y a la religión, son enemigos de cambios y trastornos, que en último resultado vienen a producir el engrandecimiento y riqueza de unos cuantos, el empobrecimiento de muchísimos, dejando a las masas en peor estado que el que tenían antes de que se intentaran tan avanzados como ridículos *progresos*.

El Dr. Mora, que extremoso siempre, y exaltado en sus opiniones, pasó del exceso de los escrúpulos de conciencia y de un asceticismo extravagante, a un liberalismo ilimitado, que siendo un sacerdote entusiasta por su sagrada profesión, varió repentinamente de principios, y es el enemigo más declarado del clero, perteneció al partido escocés desde que comenzó a figurar en asuntos políticos: fue uno de los principales que conspiraron contra el Sr. Iturbide; fue también el mayor y más encarnizado enemigo de los yorkinos, hasta el año 1833, en que apoderados éstos del mando, lo atrajeron a sus banderas, le dieron una buena colocación, y trataron de aprovecharse de sus incansables tareas en promover la destrucción de los fueros y privilegios del clero y del ejército, de apoderarse de los bienes del primero, y destruir al segundo para crear otro de cívicos que apoyasen las fuertes medidas que meditaban para sostenerse y hacer que su partido dominase enteramente la república.

Por fortuna de la patria vino abajo en momentos el coloso que en un solo año habían levantado los progresistas, o más bien un edificio construido sobre cimientos de arena, o una estatua de bronce con pies de barro. Luego que los pueblos encontraron un apoyo sólido en el digno general Santa-Anna, comenzaron a pronunciarse contra los progresistas, y nuestro Dr. Mora tuvo que dejar su lucrativo empleo, hermosa y lujosamente amueblada habitación que había tomado en el hospital de Jesús, y marchar fuera de la república, creyendo, aunque sin razón, que los hombres que iban a gobernar serían tan intolerantes y tan perseguidores como los progresistas.

Marchó, pues, aparentando que lo hacía por no presenciar los males que su *adorada patria* debería sufrir dominada por los militares, clérigos y grandes propietarios. Parece que después de haber viajado *algo*, ha fijado su mansión en París, y se ha dedicado a la profesión de escritor de obras sueltas, en que desfigurando los hechos y desacreditando a la inmensa mayoría de los mexicanos, es preciso que entre nuestros enemigos tengan

si no mucha salida, al menos la bastante para hacerse de un caudalito con que vivir libre en un país donde no tiene quien lo obligue a cumplir con sus deberes sagrados.

Un análisis ligero de la revista política, una relación exacta de las ocurrencias que desfigura el Dr. Mora, y una explicación de la verdadera opinión y de los sólidos fundamentos en que se apoya el partido moderado, que injustamente se llama del retroceso, bastarán para desimpresionar a los incautos y poco reflexivos, de las ideas perniciosas que puedan inspirarles los escritos de Mora. Ya el Sr. Arrillaga en las cartas que está publicando, rebate victoriosamente muchas de esas especies, y nosotros, sin embargo de conocer y confesar ingenuamente nuestra falta de tamaños para batirnos con un gigante, haremos lo posible, sirviendo de disculpa a nuestros errores, el noble fin que nos proponemos, que es únicamente el de vindicar a nuestra amada patria de los agravios que le hace un hijo suyo, suponiéndola poseída de la más crasa ignorancia, sólo porque no ha querido, ni querrá jamás, Dios mediante, abandonar la religión de sus mayores, ni entregarse a una libertad desenfrenada, segura precursora de la anarquía y de la esclavitud.

C) *Diario del Gobierno*, 19 de julio de 1839.

La primera obra suelta con que ha obsequiado a sus compatriotas el Dr. Don José Luis Mora, es la que llama *Revista política de las administraciones que la república mexicana ha tenido hasta 1837*. No es ciertamente muy exacto este título o idea de la tal obra, que todo podrá ser, menos *una revista* de esas administraciones.

La palabra *revista*, que antes sólo se usaba en lo forense para designar la revisión o segunda vista de los pleitos, que hacían las audiencias y tribunales superiores, y que en lo militar equivale a un reconocimiento del estado de los regimientos, el número de soldados, su ropa, armas, &c., aplicada por analogía a otros objetos, debe contener una relación en extracto, pero muy exacta, de los hechos que se *revistan* o presentan de nuevo a la vista para hacer sobre ellos las observaciones que se consideren útiles o necesarias. Así es que la revista del Dr. Mora, supuesto que es de las administraciones que ha tenido la república hasta 1837, debió comenzar historiando éstas o poniendo a *la vista* las ocurrencias más notables de ellas, las personas que figuraban, sus principios políticos, el motivo y modo de la caída de unas para dar lugar a otras, y todo lo necesario para dar idea de los hechos.

Pero nada de eso se encuentra, y los extranjeros, a quienes debió dirigirse principalmente la *revista política*, es imposible que entiendan una palabra, cuando los mexicanos, que hemos estado a la vista de los sucesos, apenas podemos columbrar algo de lo que quiso decir el *revistador*, y deducir por ello que con el nombre de *revista política*, pretendió el Dr. Mora hacer una vindicación de la malhadada y perniciosísima administración intrusa del año de 1833, y manifestar los méritos y servicios *incomparables* que ha hecho el propio Doctor a la que llama causa o partido del progreso, de que se hace o quiere, hacer, uno de los principales corifeos, o a lo menos de las más respetables *notabilidades*.

El gobierno de la regencia bajo el plan de Iguala y tratados de Córdoba, fue una administración que tuvo la que hoy se llama república y entonces imperio mexicano; comenzó en Septiembre de 1821 y terminó en Mayo de 1822, en que fue proclamado emperador el Señor Iturbide. Esa época, o más bien ese corto periodo de ocho meses, fue abundantísimo en acontecimientos remarcables; fue (para usar una de las voces favoritas del Dr. Mora) el *núcleo* de todas las cuestiones que se promovieron después sobre formas de gobierno; en ella trabajó el partido *del progreso*, en ella se intentaron levantar a la vez dos edificios, que al fin vinieron a reducirse a escombros, resultando los males, los trastornos, los disgustos, la desazón, la miseria, las guerras civiles, y todo, todo cuanto ha padecido y padecerá la república mexicana.

Así pues, un escritor imparcial y no un entusiasta por un partido, que escribiese la revista política de las administraciones de la república, debería referir francamente las ocurrencias, explicar los fundamentos en que se apoyó el plan de Iguala, los objetos con que se le hicieron algunas reformas muy notables en el tratado de Córdoba, y con especialidad el llamamiento del príncipe de Luca, debido solamente a los señores del progreso; las diferencias que se suscitaron entre Iturbide y la mayoría de la junta gubernativa, las miras y planes de los borbonistas, o sean promovedores del imperio del mencionado príncipe, de los iturbidistas que intentaban y al fin consiguieron, elevar a aquel al imperio que le costó la vida; las cuestiones sobre el modo de convocar al congreso constituyente, y tanto tanto como se quedó en el tintero o en la cabeza de nuestro doctor, y cuya falta habrá dejado a los lectores de Europa y de las otras Américas, en la misma o mayor confusión en que antes estaban, encontrándose con una *revista política* de administraciones que presuponen hechos

y ocurrencias importantísimas, de que o no se hace mención absolutamente, o se indican tan por encima, tan de carrera, y como quien pasa sobre ascuas, que ni los mismos mexicanos podemos penetrarlas.

Mas como el partido del progreso no quedó muy lúcido en esa época; como su empeño fuerte y decidido a favor del príncipe de Luca y contra los iturbidistas y republicanos, todo lo trastornó, no era *prudencia* ocuparse en hacer una *revista* de esa administración, ni era tampoco obra que pudiera desempeñar el Dr. Mora, *aprendiz* entonces de los progresistas, y que no figuró, ni intervino, ni era *entonces* capaz de figurar e intervenir en asuntos que ocuparon a los hombres más sabios y a los mejores patriotas de la nación, que por desgracia se dividieron con buenas miras e intenciones, y alucinados unos por los monarquistas extranjeros, otros por los monarquistas nacionales, embarazaron el establecimiento de un gobierno representativo, sólido, independiente y mixto, que hubiera proporcionado aquella clase de progresos que eran compatibles con el estado de la nación, con su religión, con sus costumbres, con sus elementos, &c.

D) *Diario del Gobierno*, 21 de julio de 1839.

Como para el Dr. Mora nada hay en política digno de atención que no se refiera al progreso retroceso, ni puede ser feliz una nación, ni tener comercio, ni agricultura, ni instrucción, ni gobierno, ni adelanto alguno, mientras no destruya al clero y al ejército, no es extraño que en su revista se ocupe exclusivamente de todo lo que dice relación al mismo progreso, y que haya incurrido en el grave defecto que le hemos notado de callar las ocurrencias más notables siempre que le perjudiquen a su *programa*.

De la primera administración de México independiente, que adoptando la moda que tanto agradó a nuestro doctor, llamaremos *administración Igual*, por haberse creado a virtud de este plan, ni de la segunda que titularemos *administración Iturbide*, que empezó en Mayo de 1822, y acabó en Abril del año siguiente, por la abdicación que hizo el mismo Iturbide, y por el decreto declaratorio de la nulidad de su proclamación de emperador, ni de la tercera, a que no se acomoda denominación alguna, y fue la del supremo poder ejecutivo, elegido por el congreso, y que gobernó hasta el año de 1824, en que ocupó la presidencia el Sr. Victoria: no dice en sustancia otra cosa el Dr. Mora, sino

que el partido del progreso estaba representado por las logias escocesas; que éstas trabajaron con empeño en su favor; que los obispos, los cabildos, los frailes y hasta las monjas, se empeñaron por el retroceso; pero que todo no salía de la esfera de un *deseo*, y que la sociedad que se formó no era realmente sino el virreinato de *Nueva-España con algunos deseos vagos de que aquello fuese otra cosa*.

Esto, mezclado con ocurrencias posteriores a esas épocas, y expresado de la manera más confusa y desordenada, es cuanto contiene la revista desde la página 1a. hasta la 14, y ya se ve que de ello ninguna idea favorable o adversa puede formarse de la política que rigió a la nación en cinco años corridos desde 1821, hasta 1826, que fue cuando dice el Dr. Mora, *que el partido yorkino se apareció como por encanto, fulminando amenazas, anunciando riesgos. . . y creando un poder formidable, que empezó por desencajarlo todo de sus quicios y acabó cubriendo de ruinas la faz de la república, sin haber establecido un solo principio de progreso*.

Así se hace una revista de cinco años en cinco minutos, y así se sale de los apuros y dificultades que presentaría la relación verídica y circunstanciada de la sabia y acertadísima combinación del plan de Iguala, que conciliando todos los intereses, proporcionó lo principal, lo más importante, lo absolutamente necesario, el mayor bien de la patria que era la independencia nacional. ¡Ya se ve! ¿Cómo meterse en esas cuestiones, cómo recordar ocurrencias en que el cortísimo partido *del progreso* fue el único que resistió y contrarió aquel sabio plan, trató de denunciarlo y procuró de todas maneras impedir sus efectos? No habría menos embarazo en explicar la conducta de ese partido, sosteniendo después el plan que había contrariado, porque esperaba que viniera a ser emperador el príncipe de Luca, contrariando los proyectos del establecimiento de un gobierno republicano, y la elevación del caudillo que había hecho la independencia, y todo, todo lo que no mantuviera a la nación mexicana pendiente aunque fuese sólo con *una hebra*, de su antigua madre patria, o al menos de la culta Europa. Y ¿cómo finalmente podrían disculparse las intrigas para poner en choque abierto al jefe de la independencia con los antiguos patriotas, llamados insurgentes, que casi todos eran republicanos, que resistían la venida de los Borbones, y que fácilmente se hubieran avenido con los iturbidistas, arreglando sus diferencias y formando un gobierno puramente nacional, liberal, moderado, mixto, y que sin perseguir ni aniquilar al clero y al ejército mexicano que

habían hecho la independencia, hubieran proporcionado poco a poco, con prudencia y circunspección aquella clase de progreso, que sólo convenía, que sólo conviene, que sólo convendrá a la república mexicana? El partido escocés, que como confiesa el Dr. Mora, era el que representaba entonces el del progreso, y cuyos directores y jefes principales pertenecen los más a la historia, por haber muerto, y otros desengañados de los errores en que incurrieron, no piensan más que en repararlos, trabajando por la unión y la paz; ese partido, decíamos, fue el que precipitó a Iturbide, el que lo engañó, el que dio el primer ejemplo después de la independencia, de sublevar al ejército contra el gobierno, y el que sacrificó en Padilla al Sr. Iturbide.

Todo esto sucedió en las épocas a que se refiere el Dr. Mora, y de todo ello debió encargarse si quería escribir una revista política verdadera, e imparcial. Pero no era éste el objeto, sino recomendar el *progreso* y adular al partido que quiso dominar contra la voluntad manifiesta de la nación, que apeló hasta al medio indigno del ostracismo y la ocupación de las propiedades, y que ha hecho derramar la sangre mexicana a torrentes, en guerras civiles y extranjeras, desde el año de 1834 hasta la fecha. . . Seguiremos otro día, y no dejaremos de la mano al Dr. Mora, hasta no haber fijado en su verdadero punto de vista la cuestión *del progreso*; y demostrado que nuestro clero, nuestro ejército, y sobre todo, la gran mayoría de la nación, tienen las luces, la prudencia, la moderación y el patriotismo que les niega el Dr. Mora, y que aspiran al verdadero y sólido progreso.